

EL MURO

EL JARDÍN DE LOS ÁRBOLES ROTOS

El orfanato estaba rodeado por una alta tapia cubierta en su mayor parte de hiedra. Consistía en un conjunto de edificios abierto en la parte posterior a un vasto jardín, pero el jardín, sumido en el abandono durante años y años, se había convertido con el paso del tiempo en un bosque intrincado y oscuro donde la maleza, las ramas, las raíces, la hojarasca y hasta la tierra habían colaborado para ocultar los parterres y los caminos, borrando en algunas zonas toda huella de su trazado primitivo. Aquel jardín, aquel bosque, inspiraba a Axel un desasosiego mayor que el que le producía el propio orfanato, y la vista de su tenebrosa y enmarañada espesura provocaba en él un escalofrío al imaginarse a Fran atravesándola, deslizándose de noche entre los recovecos para entrar y salir a escondidas del orfanato.

Axel tenía nueve años y toda su vida había transcurrido entre aquellas viejas paredes y el patio desde el que se divisaba a lo lejos el bosque como una línea infranqueable, como una frontera aún más sólida que el muro que lo circundaba. Sólo una vez se había internado en él sin querer, persiguiendo a un compañero de juegos. De pronto se dio cuenta de donde estaba; las ramas secas y rotas de árboles y arbustos se apretaban inclinándose amenazadoramente hacia él. No podía avanzar sin abrirse paso entre la maraña y sintió

miedo, una angustia aterradora que amordazó su alma, y creyó que aquellas ramas eran dedos que se estiraban para asfixiarlo y que el bosque iba a devorarlo.

Salió de allí a todo correr, arañándose las manos y la cara y desgarrándose la ropa, y desde entonces aquel lugar generó en él una intranquilidad que le causaba pavor. Pero algún día el temor se disiparía y la visión de aquel jardín fantasmagórico se esfumaría para siempre, cuando su madre apareciese para llevárselo con ella. Iría corriendo a su encuentro a lo largo del interminable pasillo embaldosado que partía de la antesala de recepción del orfanato y se arrojaría en sus brazos. "Ésta es tu madre, Axel", le diría el director con una sonrisa falsa, pero no habrían sido necesarias estas palabras, porque antes de pronunciarlas él ya se habría abrazado a ella, se habría mezclado con ella, y nunca volvería a soltarla. Posteriormente ella lo sacaría de allí volando y Axel vería el bosque desde arriba, y vería cómo las ramas trataban de elevarse hacia él pero no lograban alcanzarlo porque estaba su madre. Entonces las ramas retrocederían y el bosque y el orfanato se perderían allá abajo, diminutos, insignificantes, hasta ser sólo una mancha, un punto negro perdido para siempre en la inmensidad del aire y del cielo.

Hasta ese día, hasta que llegase ese momento, su vida se apoyaba en Fran. Fran era mayor que Axel, acababa de cumplir los quince años. Axel había estado asignado a él desde que tenía capacidad de recordar. Eso ahora estaba a punto de concluir; Axel había crecido y pronto sería él quien tendría a su cuidado a alguno de los pequeños. Pero, para Axel, Fran era más que un tutor. Fran era el único que lo entendía y lo apoyaba, que lo defendía cuando todos se reían de él porque era patizambo o porque afirmaba que algún día su madre aparecería y que entonces se iría de allí con ella. Fran le enseñaba cosas. Le hablaba de sus salidas y de la ciudad que se extendía más allá del jardín. Le hablaba de sus amigos, de lo que hacían por las noches, cuando él se escapaba, y todo sonaba excitante, mucho más que lo que podía leer en los libros y ver en la televisión o en los paseos los días de salida. Cuando Fran se las contaba, todas estas cosas sonaban muy próximas, como si Fran se lo hubiese llevado con él y Axel también hubiera participado en ellas, y esa compenetración entre ambos le hacían sentir por él una admiración y un cariño inmensos, difíciles de definir y de abarcar.

Algún día él sería como Fran, cuando su madre viniera a buscarlo. Y entonces Fran no tendría que volver a escaparse porque se iría con ellos. Él hablaría con su madre y vivirían los tres juntos, crecerían como si fuesen hermanos, en la ciudad que existía fuera de aquellos muros o en cualquier otra ciudad.

ooooo

El orfanato era exclusivamente masculino y se levantaba a las afueras. Construido como un complejo apartado, una isla de edificios y vegetación en mitad de la llanura, el avance de la ciudad lo había engullido con el tiempo, encerrándolo dentro. En su origen estaba constituido por tres construcciones de dos plantas en piedra y ladrillo dispuestas formando una u. El edificio principal era alargado y se extendía a izquierda y a derecha ante la verja de la entrada, de la que se encontraba separado por un camino flanqueado por hileras de árboles entre los que crecía desordenadamente la hierba. Los otros edificios se erigían en un ángulo recto detrás de cada uno de los extremos del edificio principal. Aunque independientes de éste, estaban unidos a él por dos galerías porticadas que comunicaban antiguamente el exterior amurallado del orfanato con el patio de recreo y los campos de juego, los cuales ocupaban el interior de la u. Las galerías, también de dos plantas, habían sido cerradas con una verja de hierro, y desde ellas podía contemplarse, distante, la línea del bosque en que se había convertido el antiguo jardín.

Había todavía otras construcciones añadidas con posterioridad y que afeaban el conjunto y cegaban en parte la visión del jardín, pues se interponían entre éste y los primitivos edificios del orfanato. Se trataba de dos naves situadas al final de cada una de las alas en ángulo, y que hacían las veces de porqueriza y almacén.

El resultado de aquella mezcla era inquietante, como si se tratase de un espacio único, aunque constituido por dos universos distintos que coexistiesen aisladamente: de un lado los edificios que albergaban las dependencias del orfanato, señoriales y bien conservados, vivos aún, exhibiendo con orgullo el bello contraste entre el rojo del ladrillo y el gris de la piedra y respirando por sus

múltiples ventanales y arcadas; de otro, las vulgares edificaciones de la porqueriza y el almacén, como monstruosos añadidos malogrando la belleza del complejo, y el selvático jardín abandonado, convertido en olvido, como un tumor maligno semioculto entre los pliegues de la carne.

A los internos les estaba prohibido adentrarse en el jardín. Éste debía de haber sido en un principio ordenado y espacioso, según podía deducirse de los vestigios que indicaban la existencia de caminos que desembocaban en rotondas y plazas, y conservaba todavía algunas fuentes y estatuas. Sin embargo, todo en él expresaba muerte y desolación. Las fuentes se habían secado y algunas habían visto desmoronarse los muros de sus estanques, dejando al descubierto las tuberías oxidadas como venas abriéndose paso a través de una herida abierta. Las estatuas aparecían ahogadas, agonizantes entre tanta maleza, y era como si los ojos vacíos de sus rostros de piedra reflejasen aquella agonía.

Había también un gran estanque rectangular bordeado en parte por una barandilla, y en su perímetro restante por árboles cuyas ramas se doblaban esforzándose por alcanzar un agua que había dejado de existir hacía ya mucho tiempo. El fondo, cubierto en algunos puntos por una tupida alfombra de hierbajos, se veía en otras zonas reseco y agrietado, roto como toda aquella vida muerta que lo rodeaba.

Axel nunca había visto el estanque, pero había oído hablar de él a algunos compañeros que, saltándose la vigilancia de los celadores, se habían aventurado a llegar hasta allí.

Había once celadores en el orfanato -todos como imponentes murallas de hielo- y, si bien ninguno inspiraba la menor simpatía a los niños, el más temible era el que tenía a su cargo el dormitorio que ocupaban Axel y Fran. Su sola cercanía hacía que la piel se les erizara y el pelo se tensara, como si un lobo anduviese cerca. Era algo que no pertenecía al campo de los sentidos, una percepción inconsciente, sobrenatural, que atravesaba puertas y paredes y que hacía que el silencio se extendiese instantáneamente cada vez que se aproximaba, dejándolos a todos paralizados.

A todos menos a Fran.

El celador era una auténtica montaña de músculos y carne. Se llamaba Osián -don Osián, como era obligatorio llamarle-, pero entre

ellos lo llamaban Gordo. Su cabeza, cubierta por un ondulado pelo negro, recortado y engominado, era cuadrada, como una enorme caja colocada sobre unos hombros hercúleos, y sus ojos, claros, hundidos y un tanto rasgados, le conferían una expresión de animal malherido y hambriento. Sus movimientos eran meticulosos y estudiados, pero torpes, como si fueran realizados a cámara lenta, y a pesar de su amplitud y su rudeza había en ellos algo de afeminado. De su torso, inabarcable como el de un toro -sobre todo cuando vestía camisetas ceñidas de manga corta en los períodos de calor- salían dos brazos poderosos que recordaban los tentáculos de un pulpo gigante, y sus piernas, anchas y sólidas como las columnas del patio del orfanato, parecían permanecer fijas al suelo incluso cuando andaba, dando la impresión de que ni un tren que chocase contra él conseguiría moverlo contra su voluntad.

El celador no tenía predilección por ningún chico. Era una máquina precisa e insensible de mantener el orden y cumplir el programa diario. Odiaba a Fran. Lo consideraba indisciplinado y altanero, y que no mostrase temor alguno ante él era algo que lo sacaba de quicio. Sobre todo cuando Fran exhibía en público su indiferencia. Entonces sus músculos se hinchaban, su cara se ponía colorada y tenía que contenerse para no lanzarse contra él, levantarlo por el cuello en volandas y despedazarlo como si fuera un simple trozo de papel.

ooooo

Amanecía. El sol se filtraba por entre las ramas y el follaje, hiriendo el aire fresco con sus lanzas doradas. El canto de los primeros pájaros rompía el silencio que durante la noche se había enseñoreado del jardín. El suelo estaba cubierto de un manto grueso y húmedo de color ocre formado por la hojarasca que había ido acumulándose a lo largo del otoño. Finas gotas de agua se posaban como brillantes perlas de luz sobre los helechos que invadían los antiguos senderos y ocultaban bajo sus múltiples dedos verdes el trazado primitivo de los parterres. Un perro ladró en la lejanía, devolviendo la realidad a aquel lugar irreal y haciendo que las

piedras, las plantas y el mismo aire despertaran del sueño en el que parecían sumidos. De pronto, a los pies de la elevada tapia que delimitaba el jardín, en un ángulo apartado del edificio que constituía el ala norte del orfanato, un espeso matorral se agitó y una ágil figura surgió de su interior.

La figura se irguió y se sacudió, luego miró alrededor y cruzó agazapada bajo los árboles, como una sombra, y después corrió a lo largo del muro en dirección a la porqueriza. Pasó furtivamente ante ésta y entró en el ala en la que se encontraban los dormitorios. A oscuras, dejó atrás el comedor y atravesó varios pasillos, halló una puerta entreabierta y se introdujo por ella sin hacer el menor ruido. A continuación la sombra subió hasta el segundo piso y recorrió en la penumbra el corredor que daba acceso al dormitorio. La silla de Gordo estaba vacía junto a la puerta. El celador estaría aún afeitándose en su cuarto, preparándose para otro día de hastío y rutina.

Deslizándose como una anguila, entró en el dormitorio y buscó una litera, se aligeró con extraordinaria rapidez de sus ropas, apartó la almohada que simulaba un cuerpo tendido y se metió entre las sábanas.